

LA
INOCENCIA SALVAJE
DE HEINRICH BÖLL



1-

por Angel Rama

LA INOCENCIA SALVAJE DE HEINRICH BOLL

La vitalidad y la alta capacidad creativa de las letras alemanas quedó testimoniada, al día siguiente de concluida la guerra, con la aparición de Heinrich Böll, quien ha sido llamado el novelista de la ciudad de Colonia y del área renana pero que, al ser coronado en 1972, con el Premio Nobel, fue reconocido sin retaceos como el escritor alemán representativo de la posguerra, heredero de una tradición artística de las más ~~valiosas~~ ^{esmeradas} que ha conocido Europa y a la vez claro intérprete de una de las situaciones más difíciles que haya conocido Alemania: la reconstrucción de una cultura arrasada por el nazismo y la destrucción de la guerra.

Alemania ha sido por largo tiempo el corazón intelectual de Europa. Incluso cuando su ~~más~~ perspicaz crítico de la cultura, Walter Benjamin, consagraba a Paris como "la capital cultural" del mundo en el siglo XIX, eran pensadores alemanes quienes edificaban en la época la cultura de la modernidad que habría de transformar las bases de la sociedad contemporánea. Los nombres de Frederic Nietzsche, Karl Marx, Sigmund Freud, Albert Einstein, capitales en cada una de sus disciplinas, son de sobra conocidos, como lo son en el campo de las letras del XX aquellos escritores que, aunque procedentes de muy diversos puntos del complejo de naciones centroeuropeas, harían su obra en lengua alemana: Franz Kafka, Robert Musil, Elías Canetti, Bertolt Brecht, Thomas Mann, Hermann Hesse, Hermann Broch, Theodor Adorno, Georg Luckacs. Asombroso conjunto de intelectuales a los que se suman pintores, músicos, arquitectos, filósofos, ^{cineastas} que renovaron el Occidente, tarea a la que contribuyó el exilio a que se vieron obligados cuando el ascenso del nazismo, distribuyéndose por aquellos países que inteligentemente aprovecharon sus inigualadas capacidades.

No bien concluida la guerra, los sobrevivientes, y los nuevos surgidos en el temible exilio interior, se pusieron a la tarea de reedificar la cultura nacional que durante quince años había perdido ^a la mayoría de sus mejores figuras y había sido drásticamente segregada del comercio intelectual internacional, ~~reintegración~~ con el agregado de que emergía de la destrucción dividida en dos países

políticamente enfrentados. Una hazaña del tesón y de la inteligencia: si las editoriales se prodigaron en la tarea de traducir al alemán cuánta obra extranjera no había podido entrar al país durante el nazismo y cuánta obra habían hecho los exiliados en Suecia, Suiza, o Estados Unidos, los escritores por su parte se dispusieron a enfrentar la misión histórica que les cabía: ya en 1947, no bien concluida la guerra, Hans Werner Richter reunía a los intelectuales, de diversas edades, doctrinas políticas o líneas artísticas, para estudiar la función del escritor y su contribución al desarrollo de una lengua y una cultura, por encima de las divisiones del momento. Esta reunión, que dio origen al famoso "Grupo 47", acaba de ser reconstruida con esquinque picaresco, proyectada hacia atrás, a la Alemania que surgió ^{en el XVII} de la guerra de los treinta años, por Günter Grass, en su novela Encuentro en Telgte, que se abre con esta bella frase enigmática: "Ayer será, lo que ha sido mañana".

Es un programa que esconde, en beneficio de las dos infinitudes opuestas (pasado y futuro), ese presente único en que ambas deben ser coordinadas, escribiendo el proyecto futuro sobre la reinvencción del proyecto pasado. Esa fue la tarea de los escritores que se iniciaron después de ~~la guerra~~ la guerra, tal como ~~esta~~ está diseñada en la primera obra de Böll, de 1951: ¿Dónde estabas, Adán?. Reconstruyendo la situación de ese período de la posguerra, ha dicho el más lúcido crítico literario alemán, Hans Mayer (en su libro La literatura alemana desde Thomas Mann) que el marco en que se reabrió la producción de literatura fue "el desprestigio total de la ideología", definido ~~por la~~ ~~reviviscencia~~ reviviscencia del expresionismo de la primera posguerra ~~que~~ que caracterizó la obra del prematuramente desaparecido Wolfgang Borchert y ~~su~~ su manifiesto generacional: "Ya no necesitamos pianos afinados. Nosotros mismos somos demasiado disonancia. ¿Quién nos da un grito lila, una redención lila? No necesitamos poetas con buena gramática. Para la buena gramática nos falta paciencia. Necesitamos a los de sentimiento ardiente, de ronco sollozo. Que al árbol llamen árbol y a la mujer, mujer. Y digan dí y no, fuerte y claro y tres veces y sin subjuntivo". Esta insurrección romántica y estridente no se produjo solo en Alemania. La conoció Estados Unidos con la literatura "dada" que movió a los beatniks, pero mientras estos podían ver humorísticamente a los mayores (el irónico retrato de Hemingway que hizo Kerouac en On the Road), los nuevos escritores alemanas

presenciaron el retorno de los exiliados como si fueran seres de otra galaxia: infinitamente antiguos como Thomas Mann o Anna Seghers o Feutchwanger, infinitamente académicos como los maestros de la Escuela de Francfort. Para estos escritores nuevos, la irracionalidad del temporal nazi no daba paso a la reconstrucción del pensamiento racional previo, sino a otra irracionalidad, la del milagro económico alemán que se comenzaba a levantar pacientemente de los escombros. No fue una ideología sino todas las ideologías las que perdieron su crédito, corroídas por ~~el rechazo~~ la desconfianza a los discursos retóricos que sobrevolaban, distantes, la nuda realidad. Se pretendió que ésta sirviera de guía, hurgada ácidamente, rencorosamente, lo que incluyó el rechazo del epigonalismo expresionista, y muy pronto ^{el de} la tremolante retórica de los escritores oficialistas de la Alemania Democrática, a partir de la condena de Peter Huchel en 1963 que inicia la no interrumpida serie de fugas de escritores hacia la Alemania Federal. Pero no quedó indemne el discurso oficial de la democracia cristiana de Adenauer, como tampoco lo quedará el siguiente de la social-democracia. Aunque en los treinta y cinco años transcurridos desde la ocupación aliada de Berlín muchas cosas hayan ido cambiando y muchas posiciones se hayan sustituido, el equipo intelectual no ha abandonado una raigal actitud opositora que nació de la desconfianza por las ideologías y por el paralelo ejercicio del poder que ellas inspiraron. El III Reich había establecido ese modelo.

Respecto al primer tiempo de la reconstrucción y de la ~~la~~ conducción democristiana, el testigo privilegiado fue Heinrich Böll, por la paradójal situación en que se encontraba ^{al} ~~ser~~ ser un católico militante. En un país de fuertes creencias religiosas y donde el catolicismo aseguró posiciones que balanceaban las restantes religiones cristianas, desarrollando también él poderosas fortalezas institucionales, Heinrich Böll apareció como un francotirador dentro de su propio campo, de tal modo que buena parte de su obra ~~literaria~~ narra el conflicto de una conciencia católica (y no solo cristiana) ^{con} ~~de~~ de la instituciones públicas y las prácticas privadas de su misma confesión.

No podría decirse que su actitud opositora nace de su catolicismo, (aunque éste le confiere persuasivos argumentos), por cuanto el catolicismo ha inspirado las más variadas formas literarias, desde la untuosa hagiografía o la catequesis pueril hasta el frenesí com-

bativo de ~~los~~ escritores "malditos" como Leon Bloy. Heinrich Böll, pertenece a una restricta familia de católicos del siglo XX que con más frecuencia han estado en desacuerdo con la Institución que apoyado su tarea proselitista. Aun dejando de lado la renovación teológica que de Teilhard de Chardin al recién condenado ^{Kuhn} ha irritado los consistorios del Vaticano, todavía ha habido espacio para un conjunto de escritores que intentaron revitalizar la fe desde posiciones que raramente fueron heterodoxas aunque fueron animadas por una independencia y un ardor que no dejaron de chocar a muchas de las ~~personas~~ "personas piadosas". En el país del cardenal Newman, fue la obra de Gilbert Chesterton y de Graham Greene, mucho más que la ~~de~~ ^{del} apacible ~~de~~ T. S. Eliot. En Francia, ^{la que va} desde Charles Peguy y Jacques Maritain hasta Francois Mauriac. En España el movimiento de Cruz y raya que orientó José Bergamín. A esa familia, cuyos miembros guardan entre sí notorias distancias, pertenece Heinrich Böll. El lazo que los aproxima es el mismo que desde siempre ha promovido la disidencia con las organizaciones seculares que llamamos iglesias, desde los luteranos, protestantes, erasmistas, ^o alumbrados, ⁺ del XVI, hasta las corrientes que inspiraron Vaticano II y las variadas teologías contemporáneas; ~~aspiración~~ la comunicación directa del creyente con la divinidad, la interpretación libre, privada, interior, de sus mandatos, ~~segundo~~ fuera de los marcos institucionales o públicos de las diversas iglesias, para cuya dependencia de los poderes terrenales a través de ~~los~~ variados compromisos se siente invencible desconfianza o rechazo. Es un conflicto tan largo como la historia de los hombres, que no sólo afecta a las religiones sino a todas las formas socializadas de las culturas, como claramente se ve en los ^b problemas de las instituciones políticas del mundo todo. Salvo que en las religiones cuenta con una legitimidad mucho mayor, derivada ^o del absoluto extra terrestre que las inspira y de la falibilidad de los humanos.

En las mejores figuras de esta familia -pienso en Chesterton- el recurso renovador ha sido la provocación paradójica, la visión del revés que, tal cual, puede reencontrarse en Böll. Consiste en afirmar de modo absoluto principios capitales de la religión que van en contra de las tendencias de la sociedad modernizada actual ~~o~~ con las cuales, subrepticamente, las instituciones religiosas han hecho un pacto inconfeso: la tragedia del payaso Schnier (en Opiniones de un

payaso, 1963) nace de que él es constitutivamente monógamo, tal como predicán las Escrituras. Ama a una sola mujer y solo con ella puede ejercer el conocimiento amoroso. Acepta el sacramento religioso, ya que en él es Dios quien consagra esa monogamia, y rehúsa las ceremonias del registro civil que son compromisos sociales. Por eso entra en conflicto con el obispo y su grupo de asesores, quienes presionan a su mujer ~~para~~ para que se una a otro católico dispuesto a aceptar los compromisos laicos, con lo cual destruyen la pareja monógama ya establecida y consagran de hecho el adulterio. Parecida perspectiva es la que en su mejor novela, Retrato de grupo con señoras, 1971, le lleva a reconocer la emergencia de la santidad fuera de las instituciones, en ese descampado vulgar donde sopla repentinamente el Espíritu: la hermana Rahel es despreciada por las monjas del colegio, quienes ~~le~~ imponen el cargo de guardiana que vigila las deposiciones fecales de las pupilas y sus diversas excrecencias, insólita vía por la cual sin embargo ^{se} atestigua la presencia de Dios. ~~...~~ Sobre su tumba, en pleno mes invernal de diciembre, nacen todos los años rosas, pero el convento la manda recubrir de cemento pues no se atreve en los tiempos modernos que corren a proclamar, como hiciera en otros siglos, la aparición del milagro que atestigua la voluntad divina fuera de los ordenados cuadros institucionales.

Los destinatarios reales de la crítica de Böll son la modernidad y la sociedad civil y es solo en la medida en que la Iglesia se adapta a sus coordenadas que ~~...~~ ^{cas} bajo su censura. La sociedad moderna es para él la que compendia todos los errores, todas las perversidades e injusticias, la que construye un sistema que da la espalda a los valores absolutos legitimados por la palabra de Dios. Esta, nada tiene que ver con las instituciones políticas, jurídicas o incluso religiosas, pues anima un conjunto de valores espirituales coronados por el alto, escandaloso principio del amor universal, la caritas que San Pablo colocaba por encima de todas las virtudes teologales. Aquel "Quien no tuviere amor, de nada vale" es la piedra de toque con la cual Böll mide a los seres humanos, importándole muy poco la inteligencia, la capacidad, el rendimiento, la eficacia, la riqueza, el poder, la belleza, que son en cambio los principios que sustentan la sociedad civil moderna. En su narrativa se lo ve acechando la repentina aparición del amor, visualizado como un auténtico milagro que solivianta al universo y entra en colisión con los mezquinos principios

utilitarios de la sociedad, que buscan destruirlo.

Esta visión desde Dios, este desdén por la sociedad civil, esta confianza en el omnipotente Espíritu, son los que lo llevan a su investigación de los seres comunes en una subrepticia posición anti-intelectual. En la literatura de Böll parece resurgir aquel espíritu "sturmer" de la producción artística alemana del siglo XVIII, cuando Goethe encontraba en Carlota o en Margarita una verdad natural, frente a la cual se desmoronaban las arrogantes estructuras de la cultura. Para él, ese soplo antojadizo del Espíritu estaba estrechamente vinculado a la naturaleza. Böll lo reconoce en las ciudades arrasadas, en los basureros que hurgan los inmigrantes turcos, en las pobres empleadas del servicio doméstico, en la vida cotidiana y trivial. Como siempre pensaron los místicos, habituados a ese ingreso inesperado de la divinidad en el mundo, podría haber repetido la frase de Santa Teresa: "Entre los pucheros ^{anda} ~~está~~ el Señor". Pero Böll no se levanta al reconocimiento de esa majestad, sino que observa cómo se encienden los corazones de los seres por obra de este milagro, cómo son capaces de descubrir entonces el amor humano, más fuerte que el tiempo y que la muerte. De ahí procede el populismo de su narrativa, que le ha asegurado uno de los mayores éxitos de librería de la posguerra, el cual sin embargo está construido en las antípodas del racionalismo sociológico que inspiró a los creadores del movimiento en los años veinte. Todas las reivindicaciones sociales que éste procuraba, Böll puede hacerlas suyas, pero no son ellas las que le importan, dado que en su pensamiento el dilema no rota en torno a riqueza o pobreza. Es cierto, sin embargo, que nunca encuentra los valores superiores de la caritas entre los ricos, sino entre los pobres, pero eso ya lo había dicho alguien con más autoridad.

Estos seres comunes y los milagrosos actos que cumplen, quedan perfilados en la narrativa de Böll como cráteres ígneos a los cuales parece imposible asomarse directamente. Son prodigios que sobrevienen en la existencia trivial, los que, como el rostro del Señor, no pueden contemplarse cara a cara pues enceguecerían. Böll los va construyendo desde fuera, circundándolos con variados testimonios muchas veces confusos o interesados, a modo de hoquedades donde se ejerce una inmensa energía. La tecnificación de la sociedad alemana contemporánea se traslada servicialmente a su narrativa bajo la forma de investigaciones policiales, trámites de tribunales de justi-

cia, acumulación de informes, registro de testimonios o declaraciones, tal como se observa en sus últimas obras: Ende einer Dienstfahrt, (que ha sido traducida al español bajo el título Acto de servicio), el citado Retrato de grupo con señora y la espléndida novela corta El honor perdido de Katharina Blum ⁽¹⁹⁷⁴⁾. ~~En las tres obras se accede directamente a la acción o a sus protagonistas, sino que acumulamos una abundante y precisa información mediante testigos de muy diverso nivel y procedencia, lo que proporciona el contradictorio tejido con que habitualmente la sociedad percibe acciones extrañas y por lo tanto acredita su torpeza y constitutiva incapacidad para valorarlas.~~

En las dos últimas obras, tal maraña testimonial traza oscuramente el perfil de dos mujeres distintas (Leni Pfeiffer y Katharina Blum) que responden al mismo patrón: el alma absoluta de un ser común, tocado por la gracia del amor. Pero ese material informativo no llega a penetrar nunca en el privado acto de amor. Pudorosamente queda resguardado, dado que es una intimidad que solo Dios puede conocer directamente, y a nosotros ~~como~~ nos llegan ^{nada más que} sus efectos dentro del grupo que circunda a los actores. Tal elusiva técnica de composición, que traduce en el nivel textual la concepción doctrinal del autor, explica la dificultad que encontraron Volker Schlöndorff y Margarethe Von Trotta, para adaptar al cine El honor perdido (1975), pues la novela jamás muestra unidos a Katharina y Götten, aunque sea sobre esa unión que rota el conflicto narrativo. En cambio pudieron subrayar abundantemente el horror de los instrumentos del poder (micrófonos, filmaciones secretas, interceptación telefónica y hasta despliegue de tanques y helicópteros para capturar a un hombre solo) cuando se abalanzan sobre la intimidad, pisoteándola y ensuciándola como ^{cabe} ~~ensuciándola~~ a su peculiar naturaleza, que así queda evidenciada.

Para muchos, esta impecable novela (y su versión cinematográfica), se dirige a la denuncia del periodismo amarillo. El propio autor lo confiesa en su nota previa: "Si ciertos procedimientos periodísticos recuerdan los del Bild-Zeitung, el paralelismo no es intencionado ni casual, sino inevitable". Ese periodismo sensacionalista que miente, distorsiona y abastece las peores tendencias del imaginario de sus lectores, ha sido condenado en todas partes (Carol Burnett

acaba de ganar su pleito contra un ejemplo norteamericano de igual calaña) y Böll lo padeció intensamente. La creación de esta novela está íntimamente ligada a un episodio de la vida de Böll, durante la agitada campaña política y periodística provocada por la aparición del terrorismo en Alemania. La posición de Böll fue bien curiosa y semejante a la de Sartre respecto a los maoístas franceses. Estaban en contra de sus ideas, pero no podían aceptar que la sociedad impidiera que se expresaran públicamente (de ahí el anciano Sartre vendiendo por el boulevard Saint Germain el periodiquito "La cause du peuple" cuando su circulación estaba prohibida, lo que motivó aquella notable réplica del general De Gaulle cuando sus asesores lo instaban a que lo mandara detener: "¡No se manda a la cárcel a Voltaire!") o que sus ideas fueran groseramente desfiguradas por la prensa sensacionalista (de ahí la campaña periodística de Böll relativa a la llamada banda Baader-Meinhof que lo llevó a ser sucesivamente vilipendiado por la cadena Springer). Ni uno ni otro recordaron que eso mismo había dicho Jefferson y que se trataba de uno de los sagrados principios del liberalismo: el derecho a expresarse en pie de igualdad.

De ese conflicto surgió la preciosa novela corta de Böll, un modelo de tensión narrativa y de eficacia argumentativa dentro de su breve laconismo, a la que puso uno de esos títulos largos que son del gusto también de García Márquez: El honor perdido de Katharina Blum o cómo la violencia puede desarrollarse y adónde puede llevar. En el clima enardecido que se había creado en el país se necesitaba mucha autoridad y mucha sapiencia para sobreponerse al vendaval y no perderse. Böll no defendía a la banda ni al terrorismo, sino que procuraba mostrar, como por otra parte había hecho con toda su obra, la excesiva violencia a que se había deslizado todo el aparato represivo del país, la pérdida de controles que lo acechaba y la manera desaprensiva en que una prensa amarilla avivaba el incendio. Fue una demostración y una venganza. Pero como todo artista cabal, su novela iba más allá de la requisitoria circunstancial. Le ofendía la intromisión en el ámbito privado de la intimidad, pero más aún la incapacidad de los instrumentos públicos, legales o no, para percibir el prodigio que es el amor, la pureza, la inocencia, la verdad, esos altos valores que son los únicos capaces de redimir al hombre.

Böll ha escrito con el horror de la literatura y con el horror de la sociedad moderna, aunque con esos horrores ha compuesto sus novela a modo de circunvalaciones torpes que tratan de rodear las iluminaciones prodigiosas de que son capaces los seres más corrientes y en apariencia menos importantes de la sociedad. La única salvación de este universo atroz es la aparición de estas criaturas salvajes e inocentes que, aunque carentes de instrucción o de poder, colocan al almud sobre la mesa para que ilumine toda la casa.

Se le ha reprochado que no los impulsa a la acción contra el condenado sistema en el cual viven y del cual son víctimas. Es cierto. Resulta excepcional encontrar a los Gruhl, padre e hijo, que incendian un jeep del ejército federal para construir un vengativo "happening" musical (en Acto de servicio) y aun en ese caso, se trata de una protesta simbólica a la que la autoridad busca ~~eliminar~~ restarle publicidad. El orden social aparece en él como inamovible, a pesar de que puede contar veinticinco años turbulentos de la historia alemana donde se suceden los más variados sistemas. Cualquiera de ellos, no empece su contrario signo, es igualmente incapaz de reconocer los valores superiores y de responder humildemente a la aparición de la Gracia. Visto desde este absoluto, todas las sociedades son igualmente sordas y torpes. Böll sugiere que esa es también la visión que tienen los seres comunes, el "homo domesticus" sobre el que ~~probaba~~ la literatura de Kafka, una especie de permanente ilota que atraviesa la historia milenaria de la humanidad sin otro refugio que él que le presta la divinidad.

* Prácticamente todos los libros de Heinrich Böll han sido traducidos al español, inicialmente por las editoriales Noguer y Seix Barral, aunque muchos se reencuentren ahora en ediciones populares de Bruguera Argos Vergara y otras, dentro del caos a que ha llegado la industria editorial española de los últimos años. El conflicto de Böll con la prensa, está en el libro Garantía para Ulrike Meinhof (Un artículo y sus consecuencias), Seix Barral, 1976.